

Nuevos ministerios en una nueva Iglesia

EDUARDO J. ORTIZ

PARCHE NUEVO EN ROPA VIEJA

La palabra "nuevo" puede encubrir grandes engaños. Un modelo de carro se considera nuevo cuando cambia un accesorio mínimo o modifica superficialmente el diseño. De manera semejante, hace años que se está hablando en la Iglesia de nuevos ministerios. Pero hasta ahora la novedad es más aparente que real. Lo nuevo no se ha despojado, ni tiene intención de hacerlo, de dos viejos resabios eclesiásticos: la clericalización y el centralismo.

En primer lugar, la clericalización. Se inventan nuevos ministerios para que hagan lo que hace el sacerdote y lleguen a donde éste no puede llegar. Son dispositivos de emergencia en una situación donde el clero es insuficiente; pero en ningún momento se los considera como poseedores de una función cualitativamente distinta, y por tanto necesarios aunque Venezuela tuviera tantos sacerdotes como funcionarios del gobierno.

La segunda característica, el centralismo, es complementaria de la anterior. Los nuevos ministerios no distorsionan la estructura piramidal de la Iglesia, sino que deben encajar en ella. Subordinan y son subordinados.

Por mencionar el ejemplo más llamativo en los últimos años, los escasos diáconos casados que existen hoy en Venezuela trabajan en funciones parroquiales o burocráticas. Para eso fueron pensados (1).

La pregunta que no podemos evitar es si resulta posible hablar de nuevos ministerios en una Iglesia que no se quiera renovar.

ENTRONQUE EN LA TRADICION

En una de las numerosas polémicas que los profetas bíblicos sostuvieron con los sacerdotes de Judá e Israel, se escuchó decir a Yahweh: "No me gustan sus ofrendas ni me llaman la atención sus sacrificios, ¿acaso me ofrecieron ustedes sacrificios y ofrendas en el desierto durante cuarenta años?" (Amós 5. 22-25).

El razonamiento es desconcertante para un judío ortodoxo, y más aún para una persona dedicada al altar. En la época del desierto, la época de noviazgo entre Yahweh e Israel (Oseas 2.16-18) lo que ahora se cree importante no fue necesario. Y lo que hoy se considera moda

novelera de última hora está más entroncado en la tradición que su depósito de fe. En el principio no fue así.

De modo semejante, lo que pretenden los propugnadores de una nueva Iglesia no es inventar algo desconectado del pasado, sino recobrar —readaptado a las nuevas circunstancias— lo que una vez fue el aporte más original del cristianismo en el mundo religioso de la época.

Varios autores han hecho notar cómo en el Nuevo Testamento, todas las veces que se mencionan los diversos ministerios eclesiales, se pueden percibir tres agrupamientos de funciones (2).

En primer lugar están los encargados de proclamar el evangelio lo cual comporta, además de la predicación, una vida acompañada de signos y marcada por la dedicación absoluta, o al menos prioritaria, a esa misión.

Vienen luego los encargados del servicio a las necesidades comunitarias. Esta fue la misión original de los diáconos (Hechos 6.1-4).

Surge por fin el grupo de los administradores, organizadores y supervisores (episkopoi = obispos). La labor más escondida y la menos codiciada, aunque sin embargo necesaria. Las perspectivas de esta última función son tan oscuras que ya a fines del s.I se tiene que estimular la aparición de candidatos a ocupar el cargo. "Elíjanse Obispos y diáconos dignos del Señor... No los despreñen, ya que tienen entre ustedes el mismo honor que los profetas y maestros" (Didajé, cap. 15). "Si alguien aspira a ser Obispo aspira a un cargo muy noble" (1 Timoteo 3.1).

En aquel tiempo el servicio al altar no constituía un privilegio ni convertía a nadie en grupo aparte. Los apóstoles no son llamados nunca sacerdotes, y existen indicios de que en los primeros años cualquier cristiano podía ocasionalmente presidir la eucaristía, y por supuesto era la comunidad la que orgánicamente acusaba y perdonaba, excluía y readmitía a sus miembros pecadores.

Y aunque la centralización pronto comenzó con rasgos absorbentes, quedaba como reto de un nuevo estilo de autoridad la palabra de Jesús a sus discípulos: "Los que son considerados como jefes de las naciones las gobiernan como si fueran sus dueños; y los poderosos las oprimen con su poder. Pero entre ustedes

no ha de ser así" (Marcos 10.42-45).

CREATIVIDAD DESDE ABAJO

¿Qué significaría esto hoy? Comencemos por decir lo que no significaría. Hace unos años, cuando un Obispo venezolano anónimo fue interrogado sobre el problema vocacional en su diócesis, respondió: "La escasez del clero y de las vocaciones sacerdotales nos pone frente a una alternativa: o bien pedimos sacerdotes diocesanos y religiosos extranjeros, o bien nos sentamos para presenciar la muerte de la diócesis" (3).

Según esta manera de pensar, los ministerios serían algo absoluto, independiente de tiempos y lugares, que existen por una especie de mandato divino, indiscutible e intocable. La comunidad sería mera receptora pasiva que debería adaptarse a los requerimientos de instancias externas, universales y sagradas.

La imagen de la comunidad primitiva, y de la futura, sería la contraria. La palabra de Dios, que es buena noticia, se encarna en cada comunidad y busca en ella sus expresiones más adecuadas. Cada comunidad organiza sus ministerios de acuerdo a sus demandas y necesidades. A su vez se comunica con otras comunidades cercanas para contrastar críticamente su visión del evangelio, para responder a necesidades comunes en círculos más amplios, y para ofrecerse una organización más vasta que coordine propuestas y favorezca el contacto e intercambio entre sí y con otros grupos semejantes.

Con esto no estamos repitiendo lo que ya existe pero con otros nombres; comunidades de base; parroquia como comunión de comunidades; diócesis como comunión de parroquias.

La diferencia fundamental entre el modelo vigente y el propuesto estaría en que el primero funciona de arriba abajo, mientras que el segundo funcionaría de abajo arriba. De esta manera los diversos ministerios, y las personas que los desempeñan, responderían a las aspiraciones y necesidades del cristiano ordinario.

Pongamos algunos ejemplos hipotéticos. Un bloque del 23 de Enero cuenta con ocho comunidades. Algunas de ellas pueden considerarse tan peculiares en la composición de sus miembros que deciden celebrar solas los actos litúrgicos.

Como consecuencia eligen a uno de sus miembros como encargado del culto. Otras creen en cambio que les basta tener un encargado del culto común que reúna a las comunidades cuando van a celebrar la eucaristía o rote periódicamente por ellas.

En una zona donde hay veinte comunidades éstas deciden coordinarse orgánicamente. Un grupo se especializa en la catequesis, otro en el trabajo de barrio, otro en la organización eclesial.

Los ejemplos se podrían multiplicar. Lo que se pretende es describir un talante distinto.

Por supuesto que en cada caso las decisiones del grupo serían comunicadas a las instancias superiores que se encargarían de facilitar su desarrollo (por ejemplo organizando centros de formación conjuntos para los diversos ministerios), y que podrían también en algún caso objetar estas decisiones de la base, apoyadas en las necesidades o requerimientos de otras comunidades también representadas en esa instancia superior.

Es de imaginar que en este modelo de Iglesia no habría "escasez de vocaciones" ni sería preciso acudir fuera para sostener la propia Iglesia. Las comunidades responderían a sus necesidades sentidas, y entrenarían pragmáticamente a los encargados de atenderlas. La presidencia del culto, por ejemplo, no requeriría siete años de estudios lejos de la comunidad, ni impondría el celibato como condición indispensable. Algo semejante se podría decir de otros ministerios.

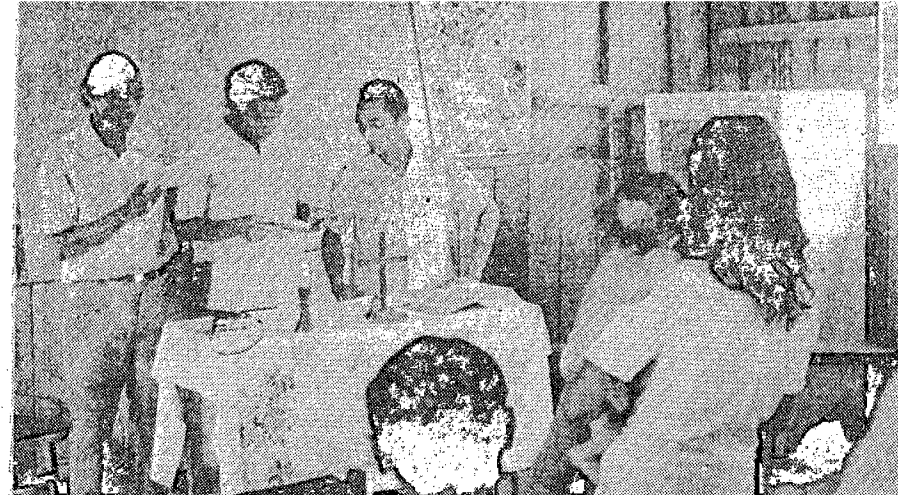
EN CAMINO

Quien contemple a la Iglesia desde la posesión gozosa de una estructura cerrada y con pretensiones de eternidad, pensará que ésta es otra iglesia y no la de Jesús. Quien, por el contrario, haya soñado alguna vez en términos semejantes a los aquí expresados, se preguntará si esto será posible alguna vez.

Las dificultades en contra de la implantación de este nuevo (y antiguo) modelo de Iglesia son varias. Quizás las dos más importantes están en los dos extremos de la actual pirámide.

Por una parte, la jerarquización actual de las fuerzas eclesísticas va a impedir por todos los medios que este cambio se produzca. Por otro lado, la mayor parte de los cristianos del pueblo, que no están organizados en este tipo de comunidades y sin embargo requieren los servicios de la Iglesia, quedarán completamente desatendidos y relegados.

Los obstáculos son evidentes y no



hay que minusvalorarlos. Pero si se quiere caminar hacia adelante es preciso encontrar el modo de sobrepasarlos.

Aunque el poder empuje a ello, no todas las autoridades son conservadoras. Es decisivo fomentar alianzas entre los más clarividentes. Precisamente una de las dificultades que las autoridades deseadas de renovación parecen encontrar es la desidia de sus bases y el anquilosamiento de sus cuadros intermedios. Ambas características favorecen asimismo a las mil maravillas a las autoridades que no quieren cambiar.

Por eso es tan decisivo a largo plazo el trabajo con las bases. Cuando éstas estén más organizadas su opinión se hará sentir mejor. No vino la independencia de América porque las metrópolis decidieron renunciar, ni acabó la monarquía en el mundo porque los reyes se volvieron republicanos.

Por lo demás ya avisa Puebla que "para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral, con miras a una conversión efectiva" (n.1157).

Más complejo parece el problema de la base. Cuatro siglos de indocctrinación en sentido contrario no se desmontan en tres días. Son millones los que buscan una Iglesia tradicional, con servicios tradicionales y exigencias mínimas de dedicación. Prefieren que las cosas sigan como hasta ahora, a comprometerse en la creación de algo distinto. O simplemente no imaginan siquiera que las cosas puedan ser de otro modo.

Aunque pensándolo bien esta dificultad es más hipotética que real. La creación de un nuevo modelo de Iglesia llevará tiempo suficiente para que los cambios en ella resulten graduales. Además, por hipótesis, no tratará de imponer nada desde fuera sino que surgirá de las bases respetando la pluralidad de ritmos y circunstancias.

NUEVA IGLESIA EN UNA NUEVA SOCIEDAD

Al mismo tiempo, no hay que olvidar que resulta imposible transformar la Iglesia sin tratar de transformar simultáneamente la sociedad. El cristiano arrastra los defectos de un mundo dividido, donde el más vivo es quien más se aprovecha, donde importa más la fracción partidista que el pueblo, donde no se siente dolor por el país. Y no se va a despojar milagrosamente de estos defectos ni artimañas al actuar como miembro de la Iglesia.

Es preciso crear un nuevo estilo de convivencia civil para lograr un estilo evangélico de convivencia eclesial. No se salva la Iglesia sin salvar al mundo.

Aunque la Iglesia debería ir siempre por delante, ya que son varios los elementos que la favorecen en esta empresa: menor número de miembros; menor manejo de recursos; organización menos compleja; supuesto espíritu de conversión y servicio.

Lo verdaderamente lamentable sería que en vez de reflejar en sus estructuras un atisbo de la sociedad del futuro, mantuviera como en un museo las formas de gobernar del pasado.

NOTAS

- (1) Motu Proprio "Sacrum diaconatus ordinem" del 18 de junio de 1967. Sobre todo los números 22 y 23.
- (2) Ver 1 Corintios 12.28-31; Romanos 12.6-8; Efesios 4.11. Para un tratamiento más detallado de lo apuntado en este artículo se podrían consultar dos estudios. Uno más frío y académico (DELORME, Jean: El ministerio, y los ministerios según el Nuevo Testamento, Cristiandad, Madrid, 1975); otro más retórico y apasionado, aunque no menos profundo (CASTILLO, José María: La alternativa cristiana, Sígueme, Salamanca, 1971).
- (3) Servicio Nacional de Solicitudes de Personal Eclesiástico y Religioso: "Informe sobre las más importantes necesidades de personal eclesástico en Venezuela", Caracas, 1965. Citado por NAVARRO, Juan Carlos: "Contestación en la Iglesia Venezolana (1966-1972)" — UCAB, Caracas, 1981, p. 64. (mimeografiado).